

ESPAÑA Y EUROPA

Si; llevan razón: no, no somos europeos, simples europeos. Nuestros frutos no son europeos, solamente europeos; ni nuestras raíces, tampoco, que lo son demasiado para ser simplemente europeas.

No; no urdimos la Ciencia; no le pusimos nosotros la mayúscula a la ciencia de Europa. Pero, ¿qué hacíamos? Quizá nuestro hacer no era siempre europeo; pero, ¿fué nunca contra-europeo? Poblar la América de mañana —y un poco la de hoy— quizá no fuese asunto europeo —simplemente europeo—, pero se hizo para Europa. Si Europa tiene todavía esperanzas, ¿qué se lo permite sino esas Américas, todas, un poco españolas?

No; no somos europeos, simples europeos. Somos pobres; lo fuimos cuando Europa era rica y a su riqueza también le ponía mayúscula capital-ista.

No; no somos europeos, simples europeos. No inventamos la técnica, no. *Made in Germany, made in England, made in U. S. A., made in...* Sí; pero no *made in Spain* leerá nadie por mucho que raspe las máquinas rusas en busca de la patente original.

No; no somos europeos, simples europeos. No quemamos a Europa en I G. G., ni en II, tampoco.

No; no quemamos a Europa: nos quemamos nosotros con fuego de todos para que Europa no se quemase entera. ¿En vano?

No; no somos europeos, simples europeos. No le pusimos nosotros el *ismo* satánico a la sal de la tierra. No, no pervertimos nosotros la nación ni la raza.

No; no somos europeos, simples europeos; que iberos y romanos, que moros y judíos, que germanos y americanos..., que todo eso somos siendo españoles de Europa.

No; no somos europeos, simples europeos, y porque no lo somos estamos siempre inventando problemas: o «España como problema» o «España sin problema». Y este invento lo inventa el

español por lo que le pasa al no ser europeo; simple europeo. Pero veamos cómo el español inventa este invento de «España como problema».

* * *

Cuando el francés mira al alemán ve en este alemán su distinto —su europeo distinto—; pero si mira al italiano cree contemplar su prójimo europeo. Pero cuando el español mira al inglés, al francés, al italiano, al germano, no lo ve como tal inglés, francés, italiano o alemán, sino como europeo. De aquí que los españoles tengan tantas imágenes distintas de lo europeo como grupos europeos perciben. Pero esto, que de principio es un acierto, se convierte, al no discernir, en un error de conclusión: los europeizantes españoles han estado siempre confundiendo lo francés, lo alemán, lo inglés... de Europa con lo europeo de Francia, de Alemania, de Inglaterra, de Italia... Según la imagen que de momento tuviesen presente, nuestros europeizantes han propuesto a los demás españoles que se hicieran franceses europeos, alemanes europeos, ingleses europeos; o europeos lo que fuera. Que era —cierto— lo que no podía ser, ni los españoles hacer. Los españoles no se podían hacer europeos franceses, europeos alemanes, europeos ingleses... por la sencilla razón de que ya eran europeos españoles. Ser europeo, precisamente, consiste en serlo a través de uno de esos modos de Europeidad que se llaman Francia, Alemania, Inglaterra, Holanda... —y España; también España—. Que si son modos, no son accidentes. Quitese a Europa su francesidad, su italianidad, su britanidad y se queda usted con una Europa de caricatura. Y quítenle ustedes o quitémosle nosotros su hispanidad, y no pasará más, pero tampoco menos.

Por decreto de no sabemos qué numen y por magia de no sabemos qué Pitágoras, ni *Uropa* se escribe entera sin la *E*-spaña, ni ésta sin su *Europa*.

* * *

Por esta irremediable europeidad de España y por esta imprescindible germanidad, francesidad, italianidad... e hispanidad de Europa, hay —y no hay— un problema de España. Lo hay para quienes por celo hispánico del bien europeo han podido creer que

España, que está geográficamente en Europa, no está como debiera estarlo: estar siéndolo y deviniendo siempre lo mismo: España europea y Europa española. Pues Europa, y con ella España, es un ser que persevera en su ser no por reiteración, sino por recreación. Europa, a través de sus Europas particulares —nacionales— tiene ser y conserva su ser deviniéndolo siempre de nuevo; es un viejo ser que deviene siempre el *mismo nuevo* ser.

En este devenir siempre su mismo y nuevo ser está todo el secreto europeo y el especialísimo secreto español; el secreto del español, quien, como un caballero hecho y derecho —un hidalgo—, se pasa la vida jugando su ser en la tela de juicio. El hombre al que le ocurre el accidente de nacer en el trozo geográfico llamado España se recria español de cepa, realiza el curioso portento del fruto que se convierte en semilla y raíz de sí mismo, porque arriesga el nudo ser de ahora por devenir siempre su mejor ser. Por esto está España tan rica en seres frustrados: el frustrado es quien ha ambicionado y no logrado. Pero al frustrarse para sí, el español enriquece a los demás; esto es lo que sucede cuando el que se frustra es un aristócrata y no un tendero (los tenderos quiebran y arrojan en la miseria a los demás, mientras ellos salvan su pacotilla).

Por este riesgo en que el español gusta vivir, el tema europeo que el español más constantemente vive es un tema que no tiene nombre de cosa quieta, sino de movimiento inacabable: camino de perfección.

Pero ¡mucho cuidado! Esta perfección no es de este mundo, sin tampoco serlo enteramente del otro. Situar la perfección en la mayúscula del IDEAL es una cosa demasiado tonta para ser buenamente española. Lo que el español quiere cuando busca la perfección no es la tal perfección misma, sino la mejor imperfección posible (la expresión es equívoca, lo sé; pero ahí está su riesgo y su dignidad). Y ya es bastante fiera cosa buscar lo que se busca. A quien no se lo parezca, piense que quienes buscan la perfección, la absoluta perfección del IDEAL mayúsculo, lo que suelen hacer es o pegarle fuego al mundo, para que arda por los cuatro costados, o sentarse cómodos y amodorrarse ensoñando la sublimidad del fin y la improbabilidad de los medios. Los IDEALISTAS, o acaban por pegarse un tiro, huídos de la vida, que se la dejan «in-flingida», como diría Chateaubriand, a quienes les han seguido, o

se mueren en la cama confortados por infinitas tisanas retóricas. ¡Ay los tiempos, y qué malos son!

En esta tarea de buscar y realizar la mejor imperfección posible, los españoles somos unos tremendistas contra nosotros mismos. Pues, en el fondo de su alma, el español acaba siempre por convencerse —y por convencer a los demás, si viene el caso— de que el mundo va de mal en peor por negligencia española. Si de algo es capaz el español de sentir punzante envidia es de no haber sido él quien dijo eso de *nihil humani a me alienum puto*. Por asunto verdadero del español y de su Patria, los españoles entienden eso, lo humano del hombre.

Esta catolicidad de la mirada y del brazo español hace a los españoles tremendos y tremebundos para consigo mismo. Por cada censura que el español musita contra el forastero, profiere mil contra sí mismo. Y a voz en grito; desafortadamente. A mí siempre me ha puesto carne de gallina aquello de Lope de Vega sobre el jesuita historiador:

Mariana,

Que la patria, si yerra, no perdona.

Esta tremebundez del español, «España como problema», ha dado una versión muy española al *amour de soi*. Su muy notable variación hispánica reza así: el castigo bien ordenado comienza por uno mismo. Tal máxima ha sido invariablemente española. Así, cuando España es martillo de alguien, de yunque usa su propia carne; su más cordial viscera. Cada golpe que el español le da a alguien repercute centuplicado en sus íntimas entrañas. Nuestra historia, que negligentes no escribimos como parece que deberíamos, la llevamos tatuada, y tatuada en nuestra propia alma. El poeta Rosales me contaba que su egregio cofrade Manuel Machado solía decir que entre españoles el culatazo va más lejos que el disparo. Recordando yo este dicho de don Manuel comprendí por primera vez el sentido de la exclamación de Henri Poincaré: *Quels savants que les poètes...*

Pues eso es lo que nos pasa, y si rechazamos la agresión y no ponemos el otro carrillo es porque nosotros mismos, con escrupulosa justicia cristiana, nos damos nuestra propia bofetada.

* * *

Durante tiempo y tiempo hemos venido haciendo esto. Si esa paparrucha del quijotismo español tiene algún sentido, es el que antecede, ni más ni menos. En las peregrinaciones expiatorias que de cuando en cuando promueven los europeos, los españoles hemos formado como hermanos duros, cofrades de sangre. El sin sentido que otros europeos han visto en nuestra historia, en la historia de España, se convierte en sentido, y en buen sentido, cuando se entiende que la Historia *de* España no es una historia para España, sino una historia por españoles en pro de otros hombres; de todos, también de vosotros, nuestros prójimos europeos.

Por esta cristiandad de España y de su historia puede hoy Rafael Calvo Serer proponernos que dejemos de ver a «España como problema» y pasemos a «España sin problema», para así estar en condiciones de batir problemas, muchos problemas y no «el problema».

Pero entre «España como problema» (Pedro Laín) y esta «España sin problema» de Rafael Calvo, hay esa distancia que se llama distancia dialéctica, esto es, la distancia cero. De lo que se trata, efectivamente, es de seguir haciendo lo mismo, pero de modo nuevo y acorde con el cambio de la circunstancia española, o sea Europa. Véase por qué. Durante cien larguísimos años, los españoles más peregrinos —Menéndez Pelayo incluido— han estado practicando a escala nacional una cosa muy española: un colosal ejercicio ignaciano de examen de conciencia. Su resultado es, *a primera vista*, desolador: hemos redactado un catálogo abrumador de culpa tras culpa. El español, según ciertos egregios españoles, parece ser el culpable; el gran culpable; el culpable mayúsculo de la creación. Ciertos españoles, los españoles cualitativamente más españoles, parecen como si creyesen a pie juntillas que si en el paraíso hubiera habido un español, la serpiente habría sido estorbada. Al español le habría correspondido hacer lo que Mark Twain pensaba que nuestros primeros padres debieron haber hecho: comerse la serpiente y dejar quieta la manzana.

De no haberse cometido esta bendita atrocidad, de no habernos cuscurreado al inmundo bichejo, nos tenemos culpables, pues el español fácilmente es más papista que Su Santidad (y no digo más para no escandalizar más). En cualquier caso, basta con una pizca de hispanidad para alegremente cargar con el mochuelo y luego acerbamente reprocharse no saberlo bien llevar.

* * *

Esto es lo que del español y de su España se ve a primera vista. Pero ¿y a segunda? ¡Ah!, a segunda vista, la implacable sinceridad que el español emplea en morderse los intestinos y que nos quita el resuello nacional, no es, así como así, un desbaratado vicio o defecto hispánico. Por lo pronto, de ser un defecto, sería el defecto de nuestras cualidades. Pero ni siquiera esto es así, aunque quizá sí lo sea respecto a la mayoría de las demás naciones de Europa. El caso nuestro es otro y nuestra diferencia de Europa se señalaría bien dislocando la frase de Hegel sobre la filosofía y diciendo que España es Europa al revés; Europa patas arriba. Pues si otros europeos parecen creer que sus defectos son extrínsecos, son defectos adquiridos en el mercado negro internacional, importaciones subrepticias, mientras que sus cualidades son neta y castizamente autóctonas; el español cree, con ese fragilísimo europeo que se llamó Marcel Proust, que nuestras cualidades nos pertenecen menos, son menos nuestras que los defectos, que *nuestros* defectos. Con facilidad más que suma, el español cree y se cree que sus defectos son hijos de sus pecados; son pecados fruteados en sus entrañas, en tanto que sus cualidades son o azares adventicios o gracias regaladas. ¿A quién, si no, se le hubiese ocurrido aceptar eso de que su máximo ingenio era un «ingenio lego?»

Ahora bien: este paroxismo español del que ha sido víctima hasta el español-español Miguel de Cervantes; este ojo de lince para columbrar defectos y esta garra de tigre para escarbarse el corazón en busca de un defecto más que catalogar, no llega a ser un «defecto» de verdad sino por defección de la discreción. Y de ésta, la discreción, hay que decir que en todo el acopio de voces que nuestros diccionarios atesoran no hay vocablo más español que ése: discreción. Ninguna otra palabra, me parece, abunda más, con abundancia complaciente, en Cervantes y en Lope. Ningún otro *vocablo* señala más propiamente la *vocación* española, pues no se trata de que los españoles tengan discreción como se tiene el color de la tez, sino de que en ser y recriarse discreto puso el español su mejor y su más noble coraje. La raridad creciente del vocablo, de su escritura o articulación; su ausencia de la lengua elevada o coloquial, y la trivialización ininterrumpida de su sentido, señala la caída más honda que el hombre español ha sufrido. Cuanto de extraviado hay en nuestra penúltima historia está ahí y viene de ahí. Indiscretos unos, indiscretos otros; indiscreto siglo, diría Cervantes y confirmaría Lope, estremecidos ambos. Pues bien está que

el español no tenga demasiados reparos en declarar ser quien es y pechar y apechugar con los propios y ajenos yerros. Un norteamericano, Van Wick Brooks, crítico discreto casi siempre, ha escrito: «Decir: yo tengo la culpa, corresponde al poeta. Decir: nosotros tenemos la culpa, corresponde al aristócrata.» Y nosotros, los españoles, somos entrambos seres, poetas y aristócratas. En casa, infinitamente disputamos por el *a quién la culpa*, que si a ti que si a mí; pero hacia fuera, diligentes nos colgamos cuantos sambenitos nos quieren colgar.

* * *

Relicta circumstantia, o en mejor circunstancia europea, esta colada pública que de lo nuestro hacemos los españoles, no sería muy mala cosa. Desde luego, no lo sería para nuestros camaradas de Europa (le digo al lector que recuerde que camarada lo es de cámara, «apostento»), pues no sería esta la vez primera que los españoles han servido gratuitamente de benéfico Hazazel a los demás europeos. Pero en la circunstancia presente, con tan lisiada Europa, el español tiene que negarse a representar ese papel. Y no sólo porque en nada nos beneficiaríamos nosotros, sino, además, porque dañaría a sus presuntos beneficiarios europeos.

Por este motivo creo que lleva razón Rafael Calvo: España sin problema. Si en algo discrepo, levemente, por cierto, del autor de esta «España sin problema», es en que también creo que han tenido su razón los que hablaron de España como problema. Pues si España deja de ser problema, no es porque el tal problema suyo, su tal problematicidad, se manifieste ficticia o nugatoria. Lo que ha sucedido es otra cosa. Lo ha percibido muy bien Rafael Calvo en su viaje peregrinante, en su jornada teórica (que eso significa en el Platón de *Las Leyes* «teorizar»: ir por esos mundos a ver, a fisgar y volver para decir a sus paisanos cómo pasa cuanto por ahí pasa). Y lo que sucede y Rafael Calvo ha visto es que el problema de España se ha desplomado, se ha venido abajo. Pero de su fracaso han prendido llamas ardientes entre las que vemos aletear al nuevo fénix; el nuevo y pimpante problema: Europa como problema.

España deja de ser problema porque el supuesto de esa pro-

blematicidad desaparece. España sólo ha podido ser problema para los españoles cuando el ámbito de su inscripción no lo era o no lo parecía: el supuesto primordial de España como problema es una Europa aproblemática; aparente o realmente, es otra cuestión. Europa era el limpio y claro telón sobre el que se proyectaba la imagen de España que era vista por los españoles como una imagen problemática. Ese telón europeo, esa pantalla nítida, tersa, impecable, ha venido a menos, a mucho menos. Es un recuerdo o una esperanza, no una realidad. Ahora es Europa la que se proyecta; la que se mira y se ve no en uno, sino en dos telones. La imagen que así ve el europeo de su Europa, las dos imágenes que el europeo puede contemplar, trastornadas están por la respectiva índole de cada pantalla. Son diferentes, más aún, contradictorias; oscilantes siempre y desconcertantes para el europeo; que si las ve contradictorias, nota que esas imágenes tienen en común el que representan una Europa muy poco gustosa para los ojos europeos. En uno y otro telón, las diferentes imágenes le muestran al europeo una Europa problemática: Europa como problema.

* * *

¿Qué tiene que hacer aquí España? A sovoz diré mi parecer: desde luego, reconocer que su problema, el problema de España, ya no lo es. Nos lo han sustraído; nos lo han quitado; lo han hecho suyo y lo han afectado al servicio público europeo. Esta expropiación que de nuestro problema hemos padecido nos faculta para decirles a los demás europeos: «Señores, siempre lo hemos sido, pero ya no hay quien nos lo niegue: ustedes y nosotros somos galeotos de la misma galera. Por esto la historia se nos ha hecho a todos más clara, más comprensible. El misterio español va dejando de serlo. Con limpia conciencia ya no habrá otro Heinrich von Treitschke (escojo este nombre al azar y me quedo con él porque recuerdo que una de las cartas está fechada en Granada) que escriba y no se explique cómo «Spanien ist... recht eigentlich ein Land der Todten... Ich habe nun schon zwei Millionenstädte in lächerlinchem Verfall gesehen: Tarragona, die Hauptstadt des römischen und Cordoba, die Hauptstadt des maurischen Spaniens. Der Eindruck ist unsäglich traurig...» Esto escribía desde Granada, en 1886, el historiador prusiano. Y no se lo explicaba. Hoy se

lo explican los rapaces de cualquier ciudad de Europa, desde Varsovia a Nápoles (1).

Pero España no tiene que decir eso sólo; España no se ha sobrevivido a tantas zozobras para luego ir por ahí a desconsolar a nadie. Hacerlo sería probarse rencorosa; mostrarse dolida de Europa cuando la verdad es que España está dolorida con Europa. No, España no hará eso, al menos así lo siento yo, sin más autoridad que ser español de arriba abajo, y, por tanto, europeo hasta las cachas.

No hará eso España, sino otra cosa muy distinta. Tomando ejemplo de una figura prócer de nuestra historia, seremos el campeón en la jornada contra el mal de hoy; contra la estupidez en su forma más crasa: el pesimismo. Y ¿hay nadie menos pesimista que nuestro Cid? Tan intolerante era con el pesimismo que ni siquiera se permite esa frívola cataplasma que lo tapa y dora: el optimismo. A estilo cidiano, hay que vivir con la vida pendiente de un hilo, y no porque nos guste, sino porque esa es la vida que nos ha tocado vivir. Pero vivámosla con entereza y por entero: alegres, cuando haya de alegrarse; tristes, cuando haya ocasión de tristeza, mas siempre, a buen estilo español: discretamente.

No vivamos nuestra vida española europea con los nervios descompuestos (Spranger advertía que los «nervios» fué un invento

(1) La carta de Treitschke a que pertenecen las palabras citadas se halla en *Heinrich von Treitschkes Briefe*, herausgegeben von M. Cornicelius, Leipzig, 1913-1920. No he podido ver ese texto. Mi cita la tomo de Arturo Farinelli, *Viajes por España y Portugal*. Suplemento al volumen de las *Divagaciones bibliográficas* (1921), Madrid, 1930, págs. 452-3. Farinelli copia un largo pasaje extraído de una de las cartas, fechada en Granada. De ésta dice: «... und dies Granada in all seinem Verfall (ist) auch sehr schön». Y luego: «Das schönste was ich hier bisher gesehen ist dies Granada, auch eine Todtenstadt, aber ein südliches Heidelberg. Auf Schritt und Tritt wird man in der Alhambra daran erinnert...»

Es curioso notar que unos cincuenta años antes Benjamín Disraeli no encontraba ruinoso, por lo menos, la Alhambra. Cfr. W. F. Monypenny and G. E. Buckle, *The Life of Benjamin Disraeli, Earl of Beaconsfield*, vol. I, Londres, 1929, págs. 151 y sgs., donde se hallarán las cartas que Disraeli escribió desde Granada.

Disraeli, entre otras cosas, era religiosamente laxo, esto es, un protestante aguado, mientras Treitschke, no. Al final de la carta antes citada se leen estas palabras: «... Lehtreich ist Alles im höchsten Grad, aber froh werde ich sein wieder in der protestantische Welt zu kommen...» (el subrayado es mío).

del pasado siglo); históricamente, que es vivir con la mitad, con la cuarta parte del ser; que es vivir alienándose, enajenándose: dándose *locamente* al enemigo.

Vivamos todos enteramente, porque la obra es común y entera. Y vivamos los españoles el trabajo entero de la obra común, sin rencor alguno. Recordemos todos y recordemos a todos que el gran europeo que fué el suizo Jacobo Burchkardt decía en un rincón del primer capítulo de la sexta parte de su libro sobre el Renacimiento, que si todos los pueblos de Occidente pueden ultrajarse mutuamente, ninguno de ellos puede erigirse en juez y mandar a galeras los demás. Todos podemos tirarnos piedras, pero sepamos ya que el tejado que cuarteábamos y rompíamos era un tejado único: el tejado de Europa.

Por esto, a la hora de ponerlo en pie, todos somos unos; diferentes, pero unos. Nadie es más indispensable que nadie; nadie es más superfluo que nadie y todos somos indispensables, pues lo que se nos ha caído y hay que levantar otra vez no es el tejado, sino la casa entera. Su reconstrucción se ha de hacer no con materiales forasteros, sino con las piedras de la misma ruina. O como el poeta sin querer predijo:

Con los tablones rotos,
con los mismos ladrillos,
con las derruidas piedras
¡levantemos de nuevo nuestro mundo!

NICOLÁS RAMIRO RICO